

Metafísica de la Humanidad

LA AMADA DEL PRINCIPIO

“La esposa de la juventud, ¿podrá ser repudiada?” (Is. 54, 6).

“Dios es amor” (I Jn., 4, 8); es caridad. De tal modo, que el amor verdadero siempre es una comunicación de Dios. “La caridad procede de Dios” (Ibid., 4, 7). Es decir, que “el que no ama no conoce a Dios, porque Dios es caridad” (Id., 4, 8). Y precisamente en el orden del amor, o sea ante el problema esencial del hombre, nada creo que pueda haber más asombroso, acerca de lo cual estamos en condiciones de reflexionar, que el misterio desconcertante de la creación de la humanidad por Dios, y del puesto de predilección que ella viene a ocupar en el plan creador.

Ya todo lo que había brotado de nada, y había comenzado a ser armoniosamente tiempo y espacio, era manifestación e imagen del amor esencial de Dios. La misma sustancia de la naturaleza divina, conforme a las palabras de San Juan, en lo que nosotros podemos alcanzar a comprenderla, y mucho más sin duda en lo que nosotros no la podemos penetrar, es amor. De tal modo que Dios jamás fué solitario. La esencia amorosa de Yavé Dios exigió siempre, desde su propia sustancia sin principio, a la unidad perfecta de la naturaleza divina, abrirse como una granada madura de la pluralidad enamorada de las tres Personas de Dios, a las que nuestro conocimiento deslumbrado reverencia y adora: Dios, Padre, Paternidad, Poder, Autoridad, Dios Creador; Dios, Imagen, Hijo, Verbo, Palabra, Sabiduría de Dios; Dios, Energía, Espíritu, Santidad, Amor de Dios.

Fué el Espíritu de Amor en Dios el que inclinó al Padre de quien procede toda paternidad, a crear, por medio de su Hijo, de su Esplendor, el conjunto fantástico de un universo en el que la dimensión humana se desvanece, y en el que, tanto como el poder y la sabiduría divinas, se refleja su amante ansiedad comunicativa. Universo en cuyo seno narran incesantemente la gloria del Ser que los amó creándolos, la multitud insondable de los seres creados que lo componen, con el simple hecho asombroso de estar existiendo, en la armoniosa y plena perfección de sus naturalezas; dentro del orden natural preciso al que sin excepción se ajus-

tan, igual la materia física en sus ordenaciones atómicas o macrocósmicas, tan semejantes en el fondo, que las múltiples jerarquías vegetales y animales, estáticas y dinámicas, de la materia viva.

Sin embargo, toda la creación espléndida de Yavé Dios quedaba muy distante y muy distinta de su Señor y Dueño. Los mismos ángeles, de naturaleza más perfecta que la humana, amigos y compañeros de la eternidad de Dios a partir del momento del triunfo de su libertad, cuando fueron probados, no han podido concebir jamás a Dios hecho ángel. Sólo el hombre, por un designio insondable de predilección de esa voluntad que ha poblado la nada con la infinitud de las formas de la vida y del ser, sedujo amorosamente el corazón divino: enamoró a Dios. Y Dios concibió ya el deseo de sus desposorios con la humanidad. De golpe, el hombre, ese sencillo hombre que es, incluso, en su estado de naturaleza, por la deficiencia de su instinto, más torpe y débil que los mismos animales, quedaba transformado a los ojos del Altísimo en el objeto de su íntima complacencia, y llamado a un género de unión tan entrañable con Dios, que sólo podrán expresarlo con claridad los autores sagrados, cuando se refieren directamente y sin velos a la unión transida de ternura por la cual en su abrazo se hacen dos en una sola carne el esposo y la esposa. De este deseo enamorado de Dios hacia la humanidad, arranca la grandeza y la tragedia del asombroso destino en el que, desde hace unos miles de años, se viene debatiendo la historia toda de la raza humana.

El hombre es la humanidad: es el matrimonio, la familia, la humanidad. En la naturaleza del hombre está que tampoco el hombre es un ser solitario. Hay muchas cosas en el hombre, estremecedoramente semejantes a lo que hay en Dios. Yavé Dios, al crearnos, había dicho: "Hagamos" —fijémonos en el gozoso coloquio deliberatorio que aún se trasluce en este decreto de la omnipotencia pobladora del vacío— "hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza" (Gén., 1, 26). Ciertamente, mucho hay en nosotros que se corresponde misteriosamente con lo que sabemos de Dios.

La naturaleza que hay en cada hombre, es igual esencialmente a la que hay en los demás. Una pluralidad de personas, con su naturaleza esencialmente idéntica manifestándose en personalidades siempre diferenciadas, radica en la humanidad única: en un género humano cerrado, uno e indivisible. El hombre aislado, perece. Lo que hay de social en él es su naturaleza misma. Por eso, el hombre, cuando vive en soledad, tiende a superar su congojosa amputación individual. Busca establecer relaciones plurales en torno a sí, que lo harán hombre completo, que lograrán la perfección de su naturaleza. La primera de estas relaciones esenciales de perfecciones, es la unión de hombre y mujer, abierta luego en abanico vital y en cadena ubérrima, como una floración que satisface y aquieta en el sosiego de la natural vocación cumplida, en los hijos del amor del hombre: en la descendencia de ese varón y de esa hembra que se unen en el hombre total. "Creó Dios al hombre . . . , y los creó varón y hembra" (Gen., 1, 27). Es el texto sagrado el que juega con las palabras y habla así indistintamente del hombre en singular y en plural, igual que hace otras veces al hablar de la Majestad de Dios.

El hombre es, empieza a ser hombre, cuando se hace parte de una unión que la naturaleza exige, y que satisface a la naturaleza. Y el hombre

puede completarse, salvar su personalidad del aniquilamiento, de la soledad, por dos géneros de unión: esta que liga al varón y a la hembra en una sola unidad humana sumamente misteriosa, imposible de desgarrar sin destruirla, o sin ir contra la naturaleza misma; o la que es capaz de abrazar genéricamente a todos los hombres de todos los lugares o de todos los tiempos mediante un acto o una conducta nuestros, de los que se deriva algún beneficio, alguna utilidad espiritual o material para los demás hombres. El hombre lo es cuando se sumerge, por amor, o por amistad, en la humanidad, en lo humano.

Ahora vemos más claro cómo lo humano no se puede comprender en lo individual. Es cualquiera de estas dos inmersiones del hombre en lo colectivo —el matrimonio o la solidaridad—, la condición que completa y salva al hombre en su dimensión natural: lo que le hace hombre. El matrimonio es la manifestación ideal y característica de la sumisión del hombre a su naturaleza; la solidaridad, más universal e impersonal, ofrece esas formas variadísimas que se caracterizan siempre por su tendencia a lo útil; a la satisfacción de las necesidades espirituales o económicas del hombre: la compasión, el trabajo, el arte, la vida ciudadana, el sacerdocio o la oración.

La Sabiduría de Dios, prendada de la humanidad a la que amó Yavé, pondría en adelante “sus delicias en los hijos de los hombres” (Prov., 8, 31). Nuestra existencia dentro del plan de Dios ocupa nada menos que esa posición inicial: la de criatura a la que Dios pone en la vida concentrando en ella, no sólo la inspiración de su genio de artista de lo insondable, sino toda la atención jubilosa y anhelante de su Espíritu enamorado. La humanidad estaba destinada desde su origen a ser la Esposa del Altísimo, la Amada del Cantar de los Cantares. Hasta tal extremo que correrían después las familias de los siglos, y no vacilaría la humanidad santificada en aplicar a María de Nazaret, la Madre de los santos, a la hora de alabar su concepción inmaculada, los mismos conceptos que el libro sagrado dedica al Verbo humanado de Yavé. También ella: la parte de la humanidad que ya toca con Dios, puede decir, igual que Cristo, que es Dios en lo humano: “Túvome Yavé como principio de sus actos, ya ante de sus obras. . . Cuando fundó los cielos, allí estaba yo; cuando puso una bóveda sobre la faz del abismo. . . Recreándome en el orbe de la tierra; siendo mis delicias los hijos de los hombres” (Prov., 8, 22, 27, 31).

En el plan creador estaba todo esto. Como estaba también que los hombres, puestos sobre un astro que, por la exuberancia de la vida y el sometimiento espontáneo de toda la creación a nuestro dominio, quedaba acondicionado ya para ser jardín de nuestras delicias hasta que Dios llamara a cada hombre a su compañía gloriosa, multiplicáramos nuestro número poblando la tierra densamente; arrancáramos, con el orgullo alegre de nuestro esfuerzo laborioso, al mundo que nos rodeaba, cuanto pudiésemos necesitar para satisfacer nuestra necesidad y nuestro incansable ingenio constructivo. Y al concluir este quehacer feliz, en el que el hombre, los matrimonios de los hombres, con sus hijos: la humanidad, sin abandonar la presencia continua de Dios, tenían ancho campo donde adiestrar en nobles realizaciones su libertad sublimada en el amor común, habríamos de sumirnos sucesivamente, de manera semejante a la manifestada en la Asunción de la Santísima Virgen María, en el abrazo sin orillas de Dios inmenso.

De esta forma se elevaría a la perfección consumada y eterna, toda la proyección personal inimitable recogida y elaborada dentro del horizonte terreno, lleno de sentido y de belleza, de cada vida y cada aventura humana. Mientras se preparaba un momento estremecedor, en el que toda la obra de la creación habrá de culminar ante su propio pasmo: el día de las bodas de Dios y la humanidad. El día grande de la Encarnación de Dios, en el cual, para terminar de hacernos prodigiosamente semejantes a Sí, vendrá a confundirse y a hacerse, por amor, una cosa eterna con nosotros, al mismo modo que la mujer y el varón se hacen, por virtud del amor sagrado que los une en matrimonio, dos en una sola carne.

A ese día sin término de la santidad dichosa estaba predestinada, en su origen, toda la raza libre de los hombres, a la que su Padre y Amor eterno se complacía en ver semejante a El en santidad, "linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido pararegonar el poder del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable" (Ex., 19, 6; Petr., 2, 9); de la nada a la deslumbradora comunicación de la divinidad. Así es como habría de acabar la humanidad santa, la Amada sin mancha, llegada en su corazón ante la grandeza del amor del Esposo que la había elegido, por entregarse en los brazos del que la quiso sin medida, y antes que ella se enterara; terminaría por desear grandemente esa unión maravillosa que el amor de Dios había concebido, y que los libros sagrados, poseídos del anhelo mesiánico de su cumplimiento, exacerbado por la amargura del destierro, no cesarán después de pedir, con esa vehemencia desmedida que el amor compartido, pero aún no logrado, pone en el corazón de la Sulamita: "¡Quien me diera que fueses hermano mío, amamantado a los pechos de mi madre, para que al encontrarte te besara sin que nadie se burlase de mí" (Cant., 8, 1).

TRAICION CONTRA YAVE

"Tu marido es tu hacedor, que se llama Yavé Sabaoth". (Is., 54, 5).

"Muy horrible crimen ha cometido la virgen de Israel" (Jer., 18, 13).

El hombre había sido constituido, efectivamente, en imagen y en semejante de Dios. Por su naturaleza, estaba dotado de inteligencia, con la que ejercía su señorío, como vicario de Dios, sobre todos los seres inferiores; de inmortalidad, condición que confiere a la persona humana esa dignidad peculiar suya que nada exterior a ella puede destruir; y de libertad: esa libertad por la que el hombre, plantado ante su propio destino, se encuentra en condiciones de alcanzarlo en toda su grandeza por la meritoria decisión de su voluntad, que en esto fundamental nadie puede encadenar si no es él mismo; o de rechazarlo, sometiendo su libertad a cualquiera de los seres que no son Dios, o a sí mismo, que tampoco es Dios, y saliéndose por tanto, extraviándose —porque en la entereza profunda y última de su discernimiento así lo decide—, del plan amoroso de Dios sobre los hombres y sobre cada hombre.

Esto es lo sublime y lo trágico de nuestra situación. El hecho de ser

libres. Libres para hacernos, perfeccionados por el ejercicio ennoblecedor de la caridad, del amor fraterno, los amigos de los que Dios soñó en rodearse al crearnos; dignos de su compañía, porque habíamos sido dueños de querer estimarla y abrazarla. Libres también de rehusar la vocación amorosa del Señor al que pertenecemos; de rebelarnos, de traicionarle; de alterar sus planes y la armonía de su ordenación universal, rompiendo el orden peculiar al que la libertad del hombre, como todos los demás seres al suyo, tiene que someterse: el orden moral. El hombre podía destruir el orden de Dios, cometiendo el mal; podía más: destruir y matar incluso de alguna manera a Dios, realizando en su voluntad la negación misma de la santidad intrínseca de Dios: el pecado.

Y esto, que era lo peor, fué lo que sucedió en cuanto la humanidad, recién asentada sobre el primitivo jardín de delicias, presente ya entera en la naturaleza y en el poder generador de Adán, su primer jefe y padre natural, y de Eva, la esposa destinada a ser madre de los vivientes, fue probada en su obediencia al precepto dado por Dios al hombre, y pecó a instigación del diablo en figura de serpiente.

A partir de ese momento, conocimos la muerte. "Por el pecado entró la muerte en el mundo" (Rom., 5, 12). El hombre perdió el privilegio de la justicia original, de su santidad primera; experimentó el sufrimiento en su trabajo, antes feliz; vió cómo se le tornaba hostil la tierra; padeció el dolor y la angustia de una existencia amarga, en derrota y humillación, confinado siempre en la forzada lejanía de la patria inolvidable; alteradas dentro de sí por la fuerza del pecado las bases mismas de sus tendencias vitales, oscurecidas sus potencias, y encarado continuamente todo su ser con el fantasma sobrecogedor de una muerte, extraordinariamente semejante a un salto en las tinieblas sin fondo del vacío.

Así fué como quedó deshonrada y mancillada aquella humanidad —la nuestra— a la que Dios había soñado como imagen suya en la santidad; de cuyos encantos se había prendado ilusionadamente, y que había destinado a compañera bienaventurada de su eternidad dichosa.

Pero no acabó aquella penosa escena del temblor de vergüenza de la pobre humanidad sorprendida, tratando de cubrirse torpemente en su desnudez ante la inmaculada Presencia del Altísimo que antes fuera su mayor gozo y regalo, sin que Yavé Dios les hiciese "a Adán y a su mujer túnicas de pieles; y los vistió" (Gen., 3, 21). Las entrañas de caridad de Dios, no obstante la gravedad de la inmediata destrucción de sus propósitos, no estaban cerradas al deseo de la misericordia.

En medio de aquel drama que había ensombrecido el plan del Señor y la vida del hombre, todavía pudo pisar tierra la esperanza, y se dejó entrever algo de la luz admirable de la redención futura. Fue cuando dijo Dios, al maldecir a la serpiente, porque había engañado a la mujer: "Pongo perpetua enemistad entre tú y la mujer, y entre tu descendencia y la suya; éste te aplastará la cabeza" (Ibid., 3, 15). He aquí el momento al cual se referirá San Pablo más tarde, cuando al hablar de la ley mosaica dice de ella que "fue dada por causa de las transgresiones... hasta que viniese la descendencia a quien la promesa había sido hecha" Gal., 3, 19).

"Y te darán un nombre nuevo, que te pondrá la boca de Yavé... No te llamarán ya más la "Desamparada", ni se llamará tu tierra "Desierta", sino que te llamarán a ti "Mi complacencia en ella", y a tu tierra "Desposada", porque en ti se complacerá Yavé, y tu tierra tendrá esposo. Como mancebo que se desposa con una doncella, así el que te edificará se desposará contigo. Y como la esposa hace las delicias del esposo, así harás tú las delicias de tu Dios". (Is., 62, 2, 4-5).

Transcurrieron esos primeros seis mil años tenebrosos de la peregrinación terrestre de los arrojados. La humanidad, salvo las profecías y muestras de asistencia del Señor a Israel, figura de la Iglesia santa que había de venir, padeció largamente las inevitables consecuencias de una culpa que la había envilecido. Las generaciones de los hombres, abandonadas a la suciedad en que voluntariamente se habían sumergido, firmes en su propio pecado, del que ya por sí mismas no podían liberarse, fueron arrastrando por las sorprendidas regiones de la tierra donde asentaban su colonización, la repetida historia de la bestialidad sexual, del crimen por el poder, de la esclavitud de las multitudes bajo el capricho insensato de sus poderosos. La soberbia erguida en el corazón del hombre se encargó de enroscar alrededor de la hazaña que supuso el colectivo trabajo civilizador y ennoblecedor de los pueblos, ese parásito que jamás se arranca de la herida del hombre reducido a su propia carne: nuestro pecado, inmediato causante de esos ríos de sangre y de lágrimas que fácilmente podríamos ver correr, si nos esforzáramos en mirar, a través de la geografía de cada tiempo, con la misma abundancia y continuidad con que fluyen los seculares ríos tradicionales.

La muerte, esa otra cara de la moneda del pecado, clausuró durante aquellos milenios con su sello lacrado que nadie levanta, el término de cada experiencia individual. Los que voluntariamente se ratificaron a lo largo de la vida en su pecado de origen, cayeron al profundo lago de fuego, donde los enemigos, los saboteadores del plan amoroso de Dios, padecen ya para la eternidad la tortura aniquiladora de saborear su derrota, sabiéndose objeto continuo de la abominación del Dios de los ejércitos bienaventurados. Los que amaron en cambio al Dios que los creó, y se dolieron del pecado primero, y procuraron merecer de Yavé el don de la misericordia, fueron llamados justos. Para ellos se abrió, al morir en la esperanza, quietamente, igual que permanecía tenso y punzante para las generaciones vivientes, ese período angustioso de la expectación universal por la venida del pacificador, del Cristo que redimiera a la humanidad de su caída y la santificara de nuevo, ante el semblante de nuevo alegre y propicio de Yavé Dios.

Aquel diálogo estremecedor e ininterrumpido entre las profecías de Dios a su pueblo y la expectación de la porción de la humanidad que en

cada tiempo se iba pronunciando por la fidelidad del Altísimo, cesó al fin, cuando fué llegada la hora de encarnarse el Omnipotente, de liberar el Mesías a los hombres, y de poder ingresar estos al fin, rebasadas sus más audaces aspiraciones, en la estirpe de Dios. Un niño nació, y Dios se le transparentaba dentro. Era plena noche de invierno, entre el abandono y la indiferencia absoluta de cuantos poblaban la tierra. Casi le adoraron sólo los padres jóvenes, acongojados y estremecidos de veneración ante la Presencia sobrecogedora de Dios en aquel chiquillo que su ternura reverente no había podido evitar que les naciera pobre, tirado en un establo, y sobre el cual gravitaban un destino sin medida: la innumerable redención de sus hermanos.

Jesús es sin duda alguna la figura humana que mayor simpatía irradia. Jesús personaliza el ideal de la humanidad que Dios había soñado, al mismo tiempo que divulga entre los hombres el misterio de lo que nos estuvo escondido en Dios desde siempre. Nos revela con exactitud qué es lo que a Dios agrada, y qué es lo que aborrece Dios. Ya no son los profetas, sino el mismo Hijo de Dios, quien anuncia claramente la santidad, el reino de los cielos, el Evangelio del reino, las condiciones para que pueda repercutir en lo humano la perfección divina. Jesucristo nos traza la enseñanza acabada de la santidad: la negación del propio egoísmo y la realización del amor fraterno, mediante una vida de pobreza voluntaria, de castidad virginal o conyugal, y de humildad de corazón; la confianza ciega en Dios, que nos ama con entrañas de Padre; la oración de amor íntimo con el Espíritu santificador de Dios. Jesucristo nos dejó a lo largo de su vida, el ejemplo inmaculado de ese ideal de santidad que El mismo nos predica en el Evangelio. Y como remate nos deja su propia vida. Sabe que, aun conociendo el camino de la santidad, y a pesar de la inclinación que pueda mover nuestra simpatía, cuando consigamos limpiar nuestros ojos, a la seria admiración del ejemplo magnífico de su existencia terrena, no seríamos fuertes para realizar la voluntad del Padre, a contra corriente de nuestra naturaleza dañada y débil a consecuencia del pecado. Por eso nos deja su propia vida divina, que en El habita en plenitud, dado que El es por naturaleza el Hijo de Dios. Recibimos en nosotros participada de El la vida divina, y a partir del momento en que se realiza ese injerto, también nosotros comenzamos a ser hijos de Dios. El lo es por naturaleza; nosotros, por nuestra participación en su ple-

Cuando Cristo Jesús se entrega a la muerte, se cumple exactamente la plenitud de los tiempos, y El atrae a sí todas las cosas. No ya sólo toda la historia de la humanidad, sino también toda la eternidad de Dios, se condensan de tal manera en el vértigo espantoso de aquellos instantes, que es quizás el mayor misterio concebible, pensar cómo no estalló entonces de angustia la creación entera. Porque Cristo, Imagen y Esplendor del Padre, al amarnos hasta la muerte —y muerte de cruz, como pondera San Pablo—, se precipita a hacerse pecado, al tomar ese cáliz de la pasión, lleno de todas las iniquidades y abominaciones de la humanidad, cuya libación en el Huerto de Getsemaní, en la noche de oración que precedió a las jornadas de su martirio, supuso la conversión de Cristo en el pecado nuestro: en el objeto del aborrecimiento y de la cólera de Dios. De manera que al morir El, que ya tenía sobre sí nuestro pecado, moría nuestro pecado, que es la muerte. La santidad sin mancha del Esplendor de Dios, transformada en el pecado de los hombres, quedaba aniquilada por esa

muerte de la santidad que es el pecado, y que nosotros habíamos acarreado sobre nuestra inmortalidad.

Así se ve hasta dónde nos amaba Dios. Hasta qué extremo permaneció Yavé siempre fiel al sentimiento primero con que se entregó a su Amada, no obstante haber ella traicionado al Señor de cielos y tierra que la escogió entre millares de sus criaturas. Cristo clavado en cruz, en un madero, según la sagrada imagen que hoy es ya apenas para tantos un simple objeto decorativo, es sencillamente *todo*. No puede decirse lo que es Dios hecho ya una cosa con la humanidad, para que la humanidad quede hecha una cosa con Dios. El amor sin orillas de Dios, estrellándose así, violentísimamente, contra el muro imponente del pecado; y al reventarlo, haciendo saltar en astillas las cadenas de nuestra esclavitud. Para realizar esta aterradora hazaña, se ha necesitado que el Esposo muriera, y es cuando al fin la Amada, libre ya y santificada, puede entregársele.

He aquí claro por qué los místicos cristianos, que son los *únicos* cristianos enteros y cabales; por qué los santos, que son, sin más complicaciones, los cristianos, o los cristianos, que sólo lo son los santos, ante Cristo en cruz, ante la locura y la insensatez de amor de la cruz, han podido comprender “cuál es la anchura, la longura, la altura y la profundidad, y conocer la caridad de Cristo”. (Ef. 3, 18, 19); y se han extasiado en coloquios interminables de amor con su Amor crucificado. Porque, aunque se nieguen en redondo a entenderlo los que viven según las rapacidades del sentido carnal, o según las máximas monstruosamente estúpidas del mundo en el que han escogido militar, los cristianos no se avergüenzan de amar a Dios, aunque les llamen supersticiosos o clericales los del mundo, que al burlarse de ellos se burlan de la misericordia y de la paciencia de Dios. Porque el cristiano es santo siempre; pues vive en él la santidad de Dios. Ha matado en sí el pecado, apropiándose la muerte de Cristo, comuriendo, muriendo junto con El en la cruz; y luego, cuando Cristo al tercer día resucita, como había prometido en prueba de su divinidad, el cristiano ha resucitado, ya sin pecado, sin muerte —que quedaron destruídos al morir Jesucristo—, a la vida que perdurará siempre. Pues el que no mata en sí de manera estable el pecado y pasa a amar la santidad, mientras permanezca en el pecado mata en sí a Dios. ¿Y qué tiene ese de cristiano? Nada, porque no se puede decir que se tiene a Dios si se le tiene muerto; si lo que se tiene dentro de uno, aniquilada, destruída, es esa resurrección de Cristo, a quien hemos vuelto a obligar a entrar de nuevo en aquella muerte suya sin fondo, en la que se agolparon todas las que nos pertenecían a nosotros.

“Como por un hombre vino la muerte, también por un hombre vino la resurrección de los muertos. Y como en Adán hemos muerto todos, así también en Cristo somos todos vivificados” (I Cor., 15, 21, 22). Este es en realidad el punto de arranque de toda la enseñanza de San Pablo en sus Cartas, condensado especialmente en el cap. 6 de la Epístola a los Romanos, que desarrolla todo este misterio de la transformación del cristiano por su bautismo: consecuencia inmediata del martirio de Jesús, e inauguración de la vida de Dios en el cristiano.

En realidad, a contar de la tarde de la Cruz, dos razas se mueven ya sobre la tierra: la que encabeza Adán, en la cual todos menos Jesús y la Santísima Virgen hemos militado; y la que encabeza Jesucristo, para

pertenecer a la cual es necesario nacer de nuevo, santo, en la resurrección de Cristo santo, después de haber muerto a nuestro viejo hombre de carne sola en Cristo muerto. La humanidad rebelde, que camina hacia la ruina que ha laborado mientras ensuciaba su libertad; y la humanidad santificada, la Iglesia, la Esposa de Cristo, que a través de los siglos, en la sangre derramada en testimonio de la verdad y del amor de Dios, y en el impetuoso torrente de santidad de sus hijos, procura imitar, porque ya sólo amar es su ejercicio, el amor triunfador del Esposo que la amó hasta la muerte.

Toda esta nueva situación, es la que arranca del instante en que, setecientos años después de haberlo profetizado Isaías, llegó aquel Siervo de Yavé con quien en su visión se encaró el anunciador de la redención futura: “¿Quién es aquel que avanza enrojecido, con vestidos más rojos que los de un lagarero, tan magníficamente vestido, avanzando en toda la grandeza de su poder? Soy yo el que habla justicia, el poderoso para salvar. ¿Cómo está, pues, rojo tu vestido y tus ropas como las de los que pisan en el lagar? He pisado en el lagar yo solo, y no había conmigo nadie de las gentes. He pisado con furor, he hollado con ira, y su sangre salpicó mis vestiduras y manchó mis ropas. Porque estaba en mi corazón el día de la venganza, y llegaba el día de la redención” (Is., 63, 1-4). Venganza de Dios y redención de la humanidad, que al fin, en ese tálamo glorioso de la cruz, dan paso al júbilo radiante del anhelado abrazo de la reconciliación.

LA HUMANIDAD SANTIFICADA

“Así como subsistirán ante mí los cielos nuevos y la tierra nueva, que voy a crear, dice Yavé, así subsistirá vuestra progenie y vuestro nombre” (Is., 66, 22).

La historia de la humanidad, desde que Cristo la santificó, no guarda apenas acontecimientos de interés. Ya es el desenlace. Es nada más el plazo de tiempo necesario para que se desarrolle, hasta las proporciones queridas por Dios, la humanidad santificada, la Iglesia que El ha fundado, cuyo jefe y primer padre es Jesús, como Adán lo fue de la humanidad que pecó. Junto a esta escena única, en la que se vienen moviendo, desde que Cristo subió a la gloria del Padre, estos que con exactitud llama San Pablo “los últimos tiempos”, apenas sí puede advertirse otra acción humana realmente importante que observa. Si acaso, la marcha de Israel bajo la maldición, desde que rechaza de sí a Jesús, a la Santísima Virgen y a los Apóstoles, en quienes se habían realizado las promesas por ellos recibidas en la época de la expectación universal y por ellos olvidadas en la hora del cumplimiento de la plenitud de los tiempos; y después, cuando ya sea casi el final, su reintegración dolorida y gozosa, al caer la venda de sangre que el segundo pecado de Israel, infinitamente mayor que el primero de todos, anudó sobre sus ojos.

Fuera del crecimiento de la generación de Cristo, no pasa en realidad nada en el mundo, desde que El marchó. Esta es la Edad de la Iglesia, de la santificación de la humanidad. La tierra presencia una lucha incesante entre los hombres: unos son santos, y quieren santificarlo todo; los

otros son pecadores, y quieren librarse de Dios por cualquier medio, destruir a Dios y quedarse ellos solos con la tierra. No ocurre ninguna otra cosa que tenga importancia. Hasta que llegue "el día de Cristo", no ocurrirá nada más. Por eso es la expectación del fin del mundo como algo inmediato en diversos pasajes del Nuevo Testamento, después de la Ascensión del Señor. Porque a partir de Cristo ya no puede extenderse la historia más allá de una sola generación. El mismo Jesús lo había dicho, al hablar de las señales de su día, cuando sobrevenga el fin: "No pasará esta generación hasta que todo lo dicho se cumpla" (Lc., 21, 32). El reino de los cielos es lo único interesante que se extiende ante nosotros; y luego Cristo vendrá, triunfador, y será el fin. Los santos de las comunidades de la primitiva Iglesia no entendían de otra cosa. No se preocupaban de más. Tocaban con la mano el cumplimiento de su esperanza; y era porque vivían de la fe, con tanta certidumbre, que podían hacer abstracción del pereoso curso del tiempo. Si en la Iglesia se hubiera vivido desde entonces en aquella misma tensión de fe es posible que Cristo hubiera podido venir ya hace tiempo; porque hubiera sido mucho más crecido el número de los santos.

Aquí está la grandeza del período en que vivimos. Muchos se niegan a santificarse, e intentan corromper o exterminar a los santos. Casi dos mil años lleva la Iglesia custodiando a sus hijos, protegiéndolos contra este asedio. Veinte siglos en que la Esposa del Cordero, de Cristo —recordémoslo—, víctima sacrificada en nombre de todos, ha poblado el cielo de muchos millones de hombres y de mujeres de las más variadas condiciones, edades e intensidades de santidad: mártires; héroes de la virginidad voluntaria; esposos con la corona de sus hijos; apóstoles; gigantes de la caridad; misioneros; fundadores de familias prodigiosas de santos destinadas íntegramente al servicio esforzado de la Iglesia; gobernantes; enfermos dulcemente abandonados en las manos de su Amado Jesús; espíritus de maravillosa vida interior, devorados por la sed de padecer y ser despreciados por el amor del Esposo de las almas, que por todos padeció y fué despreciado. "¿Quién nos arrebatará el amor de Cristo?" (Rom. 8, 34, 35). La Esposa no ha cesado de amar a su señor y dueño desde que El se ausentó, procurando imitar en todo, porque es necesario hacerlo ahora, el amor, hasta la cruz incluso, con que la amó El. Ese precepto nuevo del Maestro: "Que os améis unos a otros, como yo os he amado" (Jn., 15, 12), ha venido fructificando silenciosamente en una cosecha incalculable de santidad, de amor elevándose hasta Dios como un incienso de subido precio, al estilo del amor y de la santidad de Cristo.

La lucha, a medida que falta menos para el fin, se va tornando más dura. Disminuye progresivamente el número de los santos; no la entereza de los que permanecen firmes. Aunque es posible que lo que amengua no sea el número de los santos, sino el de los hipócritas, el de los cristianos muertos, pues cada vez va siendo más enojosa, más peligrosa incluso, y desde luego menos lucrativa para esta clase de espíritus, la auténtica profesión, a la cara del mundo, de la fe en Jesucristo. "Cuando viniere el Hijo del Hombre, ¿creéis que hallará fe sobre la tierra?". La gran apostasía de los últimos tiempos, el anuncio del fin, parece haberse iniciado ya. Los cristianos son perseguidos, después de siglos de tibieza, por toda la tierra, con las armas mortales de la corrupción y del exterminio; "cernidos como trigo" (Lc., 22, 31), en cumplimiento de aquel vaticinio de

Jesús a sus discípulos, momentos antes de su prisión: "Acordaos de la palabra que os dije: no es el siervo mayor que su Señor. Si me persiguieron a mí, también a vosotros os perseguirán" (Jn. 15, 20).

Sin embargo, nada podrá destruir a los santos de Dios. "Si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios por Jesús tomará consigo a los que se durmieron en Él" (I Tes., 4, 14). El mundo está frente a nosotros, y nada puede extrañarnos, porque ya nos lo anunció Jesús. Pero esto nos hará estimar en más la fortaleza que hemos de pedirle al dador de todos los bienes. "Mis hermanos necesitan de mi testimonio en la santidad o en el martirio", deben pensar hoy todo los santos. Y no temer; porque "si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?" (Rom. 8, 31).

"Sabemos que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman" (Rom., 8, 28). Estamos ya advertidos de que "mediante la paciencia salvaremos nuestras almas" ¿Qué nos queda, pues, por hacer? Nada más que ser hombres de Dios; viviendo según la advertencia de San Pablo: "Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien existiendo en la forma de Dios, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios; antes se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres: y en la condición de hombre se humilló hecho obediente hasta la muerte y muerte de la cruz". (Flp. 2, 8).

Y ansiar la venida del Señor, para cumplir esa llamada suya cuando termina la narración deslumbradora del Apocalipsis, y aún nos dice: "Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella brillante de la mañana. Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que escucha diga: Ven. Y el que tenga sed, venga, y el que quiera tome gratis el agua de la vida". (Apoc., 22, 17).

MANUEL LIZCANO PELLON.

